Al cabo de una larga discusión que exasperó más y más los ánimos, Holles, el más encarnizado enemigo de los independientes, redactó una *proposición* que la Cámara aprobó desde luego.

Era literalmente una declaración de guerra á todo el ejército; pero tan enardecidos estaban los presbiterianos, y tan ciegos al no ver que atraían sobre sí con toda seguridad su pérdida, que esta declaración se publicó como un manifiesto aprobado por unanimidad por ambas Cámaras.

Después de calificar la protesta de los soldados de «petición peligrosa, que tendía á introducir la indisciplina y el desorden en el ejército,» se decía que «todos aquellos que persistieran en su actitud y trataran de promover la petición serían considerados como enemigos del Estado y perturbadores de la paz pública, procediéndose por lo tanto contra ellos (1).»

Semejantes palabras no permitían á Cromwell mantenerse más tiempo en actitud pasiva. Había llegado para él el momento de elegir entre perder la confianza y el afecto de los hombres á quienes había conducido á la victoria, á cuyo lado oró, ayunó y se batió un año tras otro y que nunca le habían faltado, ó volverse contra el Parlamento, al que había jurado alianza y del que él mismo era individuo, y aniquilar, en caso necesario, la misma autoridad por quien había derramado su sangre para elevarla al poder.

Terrible crisis fué aquella, y Cromwell no tomó una resolución hasta después de haber reflexionado mucho, interrogando detenidamente su conciencia. Por el pronto no dijo nada, se limitó á esperar los acontecimientos, y no perdió de vista el horizonte político. Entretanto, la tempestad arreciaba con más furia y vigor que nunca. En el mes de abril, el Parlamento, viendo que las amenazas no servían de nada, envió de nuevo comisionados al ejército, los cuales fueron recibidos por los oficiales con las mismas preguntas que la vez primera, y habiéndose negado á contestar, se les interrogó con mayor energía, á fin de saber qué generales habían sido elegidos para Irlanda. Después varios oficiales comenzaron á decir en voz baja que Skippon y Massey eran los nombrados, y al oir esto, uno de aquéllos exclamó: «¿Por qué no han sido designados nuestros antiguos generales?» A esto contestaron varios gritos que decían: «¡Todos, todos, Fairfax y Cromwell, y ningún hombre dejará de seguirlos!» Con esto, los comisionados se retiraron burlados otra vez y sin conseguir nada.

CAPITULO XV

En aquel tiempo había una diferencia esencial entre Cromwell y la mayoría de los hombres que le rodeaban, diferencia que, si bien le daba la facultad, que otros no tenían, de ver hasta el fondo mismo de una crisis, era causa de que nadie le comprendiera bien. Mientras que á aquéllos les preocupaban tan sólo su reputación personal ó los intereses de su clase, Cromwell no pensaba más que en los mejores medios de obtener una solución de los complicados asuntos públicos á fin de salvar el Estado en su conjunto: esto último era lo que más le preocupaba. Estaba resuelto á buscar un arreglo conveniente y duradero, una vía media entre el mezquino presbiterianismo y la democracia avanzada que veía desarrollarse en el ejército, y esto fué lo que le hizo vacilar tanto en volver á ocupar su puesto como jefe de los hombres cuyo bienestar y cuyas legítimas aspiraciones eran ahora para él cosas más caras que nunca.

Era inevitable que su actitud no fuera bien comprendida ó rectamente interpretada. Cuando las pasiones de los hombres se excitan, de una parte por verse injustamente tratados y de otra por lo que consideran una provocación atentatoria á sus derechos como autoridad de la nación, aquel que se queda á medio camino, no queriendo seguir adelante ni retroceder, natural es que inspire desconfianza y odio. Esta debía ser la suerte de Cromwell en adelante, suerte muy triste por cierto para quien apreciaba en mucho el afecto de sus amigos; pero muy noble también para el hombre que por cumplir con su deber arrostraba deliberadamente las malas voluntades y el menosprecio de los demás, sufriéndolo todo con resignación en su aislamiento. Y no se tome esto por sentimentalismo: Cromwell no se compadeció nunca de sí propio, y hasta despreciaba á los que se mostraban demasiado sensibles á las opiniones de los otros, lo cual no impidió que algunas veces sufriera mucho. Siempre el pueblo creyó que le consumía la ambición; pero esto se debió á que muy pocos se tomaron la molestia de analizar sus actos en relación con los acontecimientos.

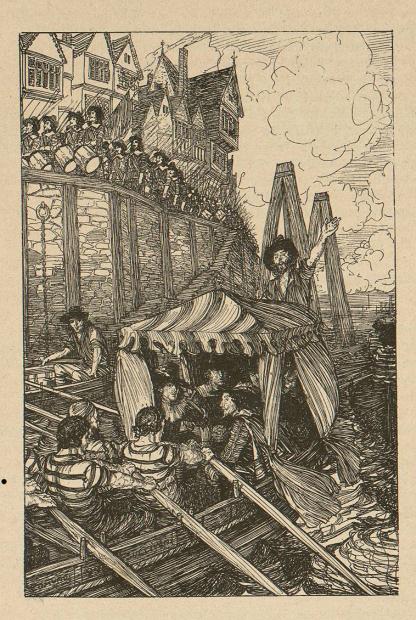
Es evidente, por ejemplo, que si á Cromwell le hubiera resentido tanto la conducta observada con él, habría aprovechado con avidez, en vez de rehuirla cuidadosamente, la oportunidad de promover un choque entre los hombres turbulentos é impacientes del ejército y los ciegos parlamentarios. Fairfax era co-

⁽I) Guerra civil, de Gardiner, vol. III, pág. 229.

mandante en jefe; pero Cromwell tenía sobre oficiales y soldados una influencia que aquél no podía alcanzar.

El ejército, conducido y mandado por él, era un arma que bastaba esgrimir, como Cromwell lo hubiera hecho seguramente, para elevar á éste á una posición en que hubiera podido dictar al Parlamento las condiciones que se le hubiese antojado, y tener así en sus manos el gobierno de Inglaterra. Nadie puede dudar de que Cromwell tenía suficiente capacidad para esto si hubiera querido hacerlo; pero no quiso, y ni siquiera tuvo nunca semejante pensamiento. El poder alcanzado así no tenía atractivos para él, y solamente la fuerza de las circunstancias le obligó á cometer actos que dieron cierta apariencia de verdad á la acusación de que era un emperador mal disfrazado. Más adelante veremos hasta qué punto era fundada esta acusación. Por ahora tan sólo queremos demostrar el hecho de que en cualquier día, durante los meses de marzo y abril, y las tres primeras semanas de mayo de 1647, si Cromwell se hubiera ofrecido al ejército, habría podido alcanzar la posición más envidiada por un hombre ambicioso. Pero lejos de hacerlo así, se mantuvo en actitud pasiva, lo cual le hizo perder cada día algo de su reputación, disgustó á sus amigos, y hasta dió lugar á que sus soldados le tildaran de hombre de corazón frío, que sin querer arriesgar nada por su parte, estaba dispuesto á recoger el fruto del trabajo de los demás cuando estuviese maduro. John Lilburn le llamó «independiente sedoso,» llegando hasta el punto de atribuir su moderada actitud al hecho de baberle señalado el Parlamento un sueldo de 2.500 libras al año después de la batalla de Naseby.

El antagonismo entre el ejército y el Parlamento iba tomando un carácter cada vez más grave. Lo más que los comisionados de éste pudieron hacer, después del grito de los oficiales pidiendo que Fairfax y Cromwell los condujeran á Irlanda, fué alistar, valiéndose de promesas y amenazas, una fuerza de 2.320 hombres, siendo así que se necesitaban 12.480. Entretanto, los soldados comenzaban á ser peligrosos, particularmente porque no se les pagaba. A fines de abril, cuando los comisionados volvieron muy descorazonados á Westminster, ciento cincuenta y un oficiales enviaron á la Cámara un escrito justificando su proceder respecto á la petición de los soldados; pero los Comunes ni siquiera consintieron en que se leyera. Se reconoció, sin embargo, que se debía hacer algo para remediar el mal, y se votó la paga de seis semanas para las tropas. ¡Seis semanas, cuando la infantería necesitaba que se le pagasen cuando menos cuatro meses, y la caballería diez! Tantos circunloquios y vacilaciones en una cuestión vital obligaron al ejército á proceder activamente por su propia cuenta. De cada regimiento se eligieron dos comisionados, á quienes se llamó agitadores ó agentes (1), formando un total de diez y seis, para que escribieran á Fairfax, á Cromwell y á Skippon, tres de los suyos, y se enviaron además á Londres á Sexby, Allen y Shephard, á fin de que entregaran las cartas á los generales, cartas cuyo contenido venía á decir en resumen:



VUELTA DE LOS TRES COMISIONADOS

⁽¹⁾ Gardiner, Guerra civil, vol III, pág 243.

«Enviar el ejército á Irlanda no tiene más objeto que arruinarle y disolverle por completo; es un ardid de los que han probado últimamente la soberanía, y que tratan de llegar á ser amos para degenerar en tiranos (1).»

Esta fraseología era como una hoja de acero cortante, y los individuos del Parlamento habrían debido pensar que habían pisado un terreno muy peligroso al excitar la irritación de tales hombres; pero todavía no lo vieron así. Las cartas fueron leídas en la Cámara, ante la cual mandó comparecer á los tres agitadores. Figurémonos tres individuos de aspecto grave, de formas atléticas, con su coleto de búfalo y su coraza, y se tendrá una idea de aquellos comisionados. Por su actitud fueron respetuosos; pero miraron á sus irritados señores con la frialdad de hombres que han sufrido el fuego y algo más duro que las palabras. En su lenguaje fueron lacónicos: cuando se les preguntó por qué habían escrito las cartas y qué significaban, contestaron que eran obra de los regimientos y que éstos las explicarían; y no dijeron más. Al fin la Cámara, viendo que no querían hablar, los despidió, y salieron como habían entrado, modestos y sin temor, taciturnos y resueltos.

No podríamos decir si fué el aspecto de los hombres con quienes debían tratar, ó el franco lenguaje de las cartas que entregaron, lo que comenzó á ilustrar á los Comunes; pero el caso es que el primer debate sobre la cuestión tomó un giro razonable. Skippon, Ireton, Fleetwood y Cromwell fueron elegidos comisionados para avistarse de nuevo con el ejército, y se les autorizó para acceder, si lo juzgaban conveniente, á la principal reclamación de los soldados, otorgando una indemnización por actos ilegales cometidos durante la guerra, pago inmediato de una parte de los atrasos y segura garantía para lo demás que

restase.

La posición de Cromwell como comisionado era muy delicada, y de difícil desempeño su misión; el hecho de aceptarla demostró su vivo deseo de conseguir la paz. Hasta entonces no había hecho manifestación alguna en apoyo de la agitación del ejército; pero bien conocidas eran sus opiniones sobre la falta de pago á las tropas y sobre las graves consecuencias que de ello podrían originarse. Sin embargo, habló á los soldados como representante de aquel Parlamento en cuyo seno se había propuesto arrestarle, sin que nadie protestase ó reprobase tal proposición.

Cada palabra suya podía ser mal interpretada; si manifestaba simpatía por los soldados, en la Cámara se le acusaría de traidor; y si instaba al ejército para que se sometiera, sus amigos y antiguos compañeros le considerarían como un

vil desertor de su causa.

Las pruebas que han llegado hasta nosotros nos demuestran la lealtad y firmeza con que procedió. Su mayor enemigo (2) no pudo censurarle más que diciendo que se le había oído manifestar á los soldados que el Parlamento había

(1) Gardiner, Guerra civil, vol. III, pág. 244.

procedido «últimamente con mucha crueldad é injusticia respecto á ellos.» En cuanto á los oficiales, parece que les dijo (1):

«Verdaderamente, señores, será muy conveniente para vosotros que procuréis sacar el mejor partido posible de las votaciones y de lo que se os ha dicho en estos últimos días, interesándoos por vuestros regimientos respectivos, es decir, induciéndoles á formar buena opinión de la autoridad que está sobre todos nosotros, pues si ésta queda reducida á la nada, es inevitable la confusión.»

En estas últimas palabras halló Cromwell la clave de su política. Un Parlamento injusto para con él y para con los demás, y animado por sentimientos de intolerancia religiosa, era bastante malo; pero la anarquía que apelara á la espada había de ser aún cosa mucho peor. En su consecuencia, si habló sin vacilaciones de los perjuicios que los soldados sufrieron, fué porque creía que los Comunes, habiendo reconocido su error, cederían á todas las demandas razonables; pero se engañó. La pasajera irritabilidad ocasionada por la resuelta actitud de los agitadores fué seguida de una reacción de cólera, bajo cuya influencia los presbiterianos dieron un paso fatal é irrevocable. Los hombres que tenían la fuerza de la bolsa, es decir, los hombres del dinero, como los comerciantes, se habían pronunciado enérgicamente contra la independencia; con su apoyo los presbiterianos se consideraban fuertes, y confiados en esto, comenzaron á prepararse para la guerra contra el ejército.

El 4 de mayo, ambas Cámaras aprobaron un decreto dando autorización para formar un nuevo comité de milicias de Londres, comité compuesto de presbiterianos, que inmediatamente comenzaron á trabajar en la reorganización de compañías de ciudadanos, cuyas fuerzas ascendían á 18.000 hombres.

Este acto de las Cámaras tuvo una importancia vital, porque en ellas recaía la responsabilidad del primer llamamiento á las armas. El proceder de las tropas después de esto no fué más que la defensa natural; de modo que el Parlamento y no el ejército fué el agresor.

Muy pronto recibió noticia el ejército de lo que sucedía; se supo que los in-•dependientes eran eliminados de las guarniciones de las ciudades, y que los Comunes, sin hacer ya la menor alusión á los atrasos de las pagas, habían votado el nombramiento de una Comisión (2) para disolver «todas las fuerzas que no fueran á Irlanda.» Por último, se anunció que los Lores habían invitado al rey á dejar Holmby House para residir en Oatlands, lugar próximo á Londres; y este rumor despertó en el ejército la sospecha de que la intención de sus señorías era reponer á Carlos en el trono, sin tomar respecto de su futura conducta más garantías que las que con ellos mismos se relacionaban.

Del espíritu de resistencia que prevalecía en el ejército y de su modo de pensar respecto á la disolución de las fuerzas, se puede formar idea por la circular enviada á los diversos regimientos por los agitadores. Decía así:

⁽²⁾ Cierto Mayor Huntingdon, entonces oficial de su regimiento.

Documentos de Clarke, tomo I, pág. 72.

⁽²⁾ Diario de los Comunes, vol. 876.

«Soldados y compañeros: si permanecéis firmes, sin aceptar cosa alguna ni hacer nada sin el consentimiento de todo el ejército, haréis bien para vosotros mismos, para vuestros oficiales y para todo el reino (1).»

Esta fué la contestación al decreto sobre el comité de la Nueva Milicia en Londres.

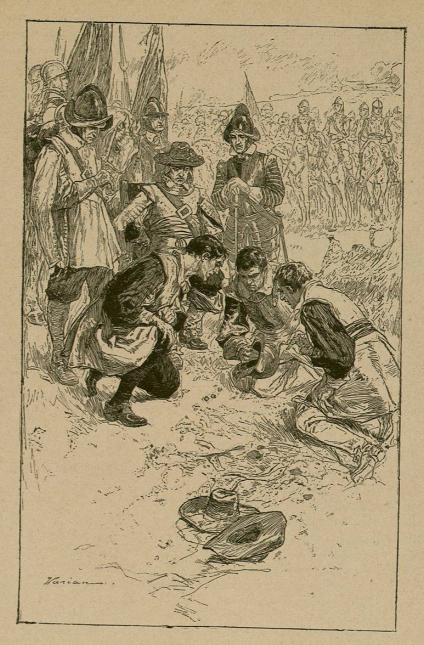
En este punto, Cromwell se presentó como emisario de paz por última vez. Durante un debate en la Cámara, el 21 de mayo, para considerar las reclamaciones de los soldados, dijo que si se atendía pronto á las razonables demandas de las tropas, «seguramente se disolverían» y que «una gran parte del ejército se pondría bajo las órdenes del Parlamento.»

En contestación á esto se dió una orden del día, asegurando que los soldados recibirían los atrasos que se les debían, y que al disolverse las fuerzas, se abonaría á cada individuo, en metálico, la paga de ocho semanas en vez de seis. Esto se consideró como una medida acertada; pero el efecto de ella quedó anulado por haber descubierto los independientes que los presbiterianos estaban intrigando con los escoceses, y por haberse confirmado el rumor de que Carlos debía dejar su residencia de Holmby. En esto llegó, en 25 de mayo, la noticia de que el ejército sería disuelto inmediatamente aunque no se le había dado dinero alguno.

Ante semejante falta de buena fe se desvaneció la última esperanza de paz hasta en el ánimo de Cromwell. El ejército estaba furioso, y cuando los enviados del Parlamento llegaron al cuartel general, encontraron á las tropas en la mayor indisciplina. En Londres, Cromwell se vió obligado al fin á obrar activamente. Apenas supo la intriga de los presbiterianos para reponer al rey, dejó á un lado su política conciliadora, resolviendo seguir la suerte del ejército. Un Parlamento capaz de meditar la unión de los realistas con los presbiterianos para aniquilar la independencia y destruir con ella la libertad religiosa, por la cual se había desnudado la espada cinco años antes, no era ya una corporación leal ni digna de respeto. El ejército tenía sus faltas y estaba lleno de peligrosos elementos; pero pedía lo que era justo, y Cromwell se unió con él sin reserva.

La agitación del ejército había llegado ya á su punto culminante. Hasta entonces había realizado tan sólo un movimiento espontáneo, reprimido y dominado con energía, aunque de una manera algo desordenada, por algunos hombres inteligentes; pero el día en que Cromwell se puso á su lado con decisión, comenzó á ser una fuerza bien organizada, conducida por una mano maestra.

El día 31 de mayo, Cromwell celebró una conferencia en su casa; y un tal Cornet Joyce, cuyo nombre debía ser conocido muy pronto en toda Inglaterra, recibió instrucciones y fué autorizado por el teniente general para desempeñar una misión en las inmediaciones de Holmby House. Se ha discutido mucho sobre la autoridad que se dió al emisario y las instrucciones que llevaba: Joyce declaró más tarde que Cromwell le dijo definitivamente que debía sacar de allí



LA REBELDÍA AL LADO DE LA GUERRA
TRES SOLDADOS JUGÁNDOSE LA VIDA Á LOS DADOS

⁽¹⁾ Documentos de Clarke, vol. I, pág. 87.

al rey; pero Cromwell lo negó de la manera más categórica. Lo que mayores visos de verdad ofrece es que Cromwell encargó á Joyce que impidiese, por la fuerza si era necesario, toda tentativa de los presbiterianos para llevarse al rey á Escocia ó á cualquier otro punto; pero, si no se hacía ninguna tentativa en este sentido, su intención era que Carlos se quedase donde estaba. Sea de ello lo que fuere, el 1.º de junio de 1647 el rey se vió con gran sorpresa suya, pero sin disgusto, en manos de un regimiento de soldados de Cromwell; supo que su primer carcelero había huído, y se le comunicó lacónica, pero respetuosamente, que sería conducido á Newmarket bajo la protección del ejército.

El primer efecto que la noticia produjo en el Parlamento fué de pánico; los presbiterianos despertaron sobresaltados de sus sueños de autoridad, y por el pronto, reconociendo su importancia, aprobaron varias órdenes para el pago de los atrasos al ejército; pero esto no duró más que dos días. Al cabo de este tiempo, Massey, el soldado presbiteriano, paseó á caballo las calles de la ciudad, atestadas de gente, gritando á todos que se defendieran contra el ejército, que trataba de matar á los mejores hombres de Londres y del Parlamento.

La guerra quedaba, pues, formalmente declarada entre los dos partidos, y la primera idea de los presbiterianos fué apoderarse de Cromwell, por considerársele como el más peligroso enemigo. La idea fué feliz; pero su ejecución llegó demasiado tarde. Cromwell se había escapado: prevenido á tiempo, acababa de reunirse con el ejército y estaba en consulta con Fairfax para acordar lo que se debía hacer.

CAPITULO XVI

Cuando se reunió con el ejército, Cromwell vió que lo primero que procedía era apaciguar los ánimos, particularmente de los oficiales; y por cierto que llegó muy á tiempo. Los agitadores lo atropellaban todo, y con sus llamamientos y maldiciones ponían en grave peligro la disciplina de las tropas, las cuales no solamente pedían ahora el pago de todos sus atrasos, sino que exigían que salieran del Parlamento todos los presbiterianos que más daño podían hacer.

Cuando Cromwell llegó, se acababa de redactar un «solemne compromiso del ejército,» que todos los oficiales y soldados debían firmar. Cromwell empezó por enmendar algo el escrito, moderando su tono altanero é introduciendo ciertas cláusulas, por las cuales hubieran podido comprender los más avanzados que, estando á su lado aquel hombre, la «libertad,» como ellos la llamaban, ó la anarquía, como diríamos nosotros, no ganaría terreno mientras Cromwell pudiera evitarlo.

El primer artículo del «compromiso» disponía que se formase un centro gubernativo para el ejército. Este artículo es de la mayor importancia, y en él se reconoce la influencia de Cromwell.

Los asuntos de las tropas, se decía, debían administrarse en adelante por un «Consejo del Ejército,» compuesto de «aquellos oficiales generales que se hubiesen mantenido en favor de los soldados,» juntamente con los oficiales no comisionados y otros dos especiales de cada regimiento; el ejército no debía aceptar nada de los parlamentarios sin aprobación de dicho Consejo, y la autoridad de éste debía ser absoluta hasta que terminase la crisis. Por el segundo artículo se prevenía que ningún individuo del ejército atacaría á las personas por el hecho de ser presbiterianos; y por el tercero se disponía que se enviase una «vindicación» al Parlamento, contestando así á las odiosas indicaciones que se habían hecho respecto á que los soldados «tenían propósitos de atentar contra la magistratura, suprimir ó dificultar el funcionamiento del Presbiterio, establecer el gobierno independiente, apoyar la licencia general en materias de religión, bajo el pretexto de la libertad de conciencia.»

De este modo consiguió Cromwell desvanecer las impresiones que los presbiterianos procuraban producir en el ánimo del público, pintándole al ejército